



UNIS. FOTO: ANA CLAYTON

BALANCE DE LA INVESTIGACIÓN EN LA ARGENTINA

POLÍTICAS, PRÁCTICAS E INSTITUCIONES

CONVERSACIÓN ENTRE DORA BARRANCOS, DIRECTORA DEL CONICET POR LAS CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES; FERNANDO PEIRANO, EX SUBSECRETARIO DE POLÍTICAS DEL MINCYT (2011-2015) Y PROFESOR EN UNQ Y UBA; Y MARITA BENAVENTE, PROFESORA Y CONSEJERA SUPERIOR EN LA UNSJ; CON INTRODUCCIÓN DE GABRIELA DIKER, RECTORA DE LA UNGS, Y COMENTARIOS DE OSCAR GALANTE (CONADU) Y MARIANA VERSINO (CONICET-UBA-UNLP).

GABRIELA DIKER: Hay dos asuntos que podríamos examinar sobre la relación entre el sistema científico y las universidades. Desde el Gobierno se proclama la necesidad de articular el sistema de ciencia y técnica nacional, relación que incluye a las universidades. En el Plan Maestro, dentro del capítulo de educación superior, hay un punto destinado al problema de la articulación entre sistema científico y sistema universitario con pronunciamientos muy genéricos sobre la necesidad de consolidar un sistema uni-

versitario de ciencia, tecnología e innovación que vincule a las universidades nacionales entre sí, y también con el resto del sistema de ciencia, tecnología e innovación productiva. Por un lado se presenta el postulado de que es necesario articular y por otro lado, el presidente del CONICET, Alejandro Ceccatto, dijo que las universidades son completamente ajenas al mismo y afirmó que no tenemos nada que ver unos con otros.

En el plenario del CIN de marzo estuvieron Agustín Campero (Secretario de Articulación



UNIS. FOTO ANA CLARA TOSI

Científico Tecnológica del MINCyT), Lucas Luchilo (Subsecretario de Evaluación Institucional de la Secretaría de Articulación Científico Tecnológica del MINCyT) y Ceccatto, que presentó lo que había pasado en 2016 en el CONICET diciendo que hubo un cambio brusco en las condiciones que se venían sosteniendo en los últimos años, que este cambio obedeció exclusivamente al recorte del presupuesto de Ciencia y Tecnología 2016 y que lo que tenemos es un problema con el excedente, que son las 498 personas que quedaron fuera de la carrera. Cuando habla de la necesidad de reubicar el excedente, Ceccatto dice que la mitad de los que quedaron afuera, es decir unas 250 personas, hicieron sus tesis con becas doctorales CONICET en estructuras absolutamente ajenas al mismo, como departamentos universitarios, INTA, Comisión Nacional de Energía Atómica, etcétera; e insiste en que el problema del CONICET es ubicar exclusivamente a las 46 personas de esas 498 que se encontraban ya en ámbitos exclusivos de este organismo.

Es decir, por un lado tenemos un gobierno que postula la necesidad de articular el sistema científico con el sistema universitario a través de este Plan Maestro que pretenden convertir en ley, y por otro, la política particular del CONICET, que con toda claridad dice que el CONICET es una cosa y las universidades son otra, y que lo

que pase con los universitarios que fueron formados con financiamiento del CONICET no es problema de éste.

La siguiente cuestión que podríamos considerar es la articulación entre la investigación científico-tecnológica y los requerimientos de desarrollo productivo, cultural, educativo de cada región. Acá aparece lo que está formulado como dos problemas: uno es mejorar la distribución de las capacidades científicas, de investigación científica y de los recursos puestos en la investigación científica; el otro, mejorar la distribución de los recursos y las capacidades científicas en un sentido temático. Es importante discutir cuáles son los temas prioritarios, cómo y desde dónde se definen, especialmente cuando éstos se ligan con modelos de desarrollo, a los que también podemos poner en discusión. Y porque, además, dentro de los temas relevantes, tenderán a desaparecer áreas que el sistema universitario debe y quiere seguir sosteniendo, como son las humanísticas y artísticas. También está la cuestión de la distribución territorial: hay que pensar muy bien cómo se puede promover una mejor distribución de los recursos que se ponen en la formación de capacidades científicas.

Al problema del CONICET del año pasado le adjudican una racionalidad a posteriori, que es decir ahora que hay que resolver la distribución de los investigadores. La distribución territorial y la definición de áreas relevantes y te-

mas prioritarios no son problemas coyunturales, sin duda debemos poder abordarlos. Propongo discutir estas cuestiones.

DORA BARRANCOS: Nos encontramos ante un estatuto de la improvisación discursiva, y sin embargo, no deja de sorprenderme que se diga que el CONICET tiene una política escindida de las universidades: hay una relación que puede haber sido tensa en algunas circunstancias, pero no sólo pensando en una cuestión de tradición sino también en la posicionalidad del CONICET, que arraiga en la posicionalidad de la investigación que se hace en las universidades. Pocos centros son sólo del CONICET. Eso como primera cuestión. La segunda es que estamos ante una política de achicamiento, completamente desinteresada en sostener tecnología soberana. A menudo se esgrime la idea de que los investigadores han hecho lo que han querido, cuando en estos años hubo políticas acerca de eso. También hubo políticas por parte del Ministerio para temas estratégicos que están en el plan Argentina 2020, que si bien amerita una rediscusión, era una iniciativa del Ministerio suscripta por el CONICET, con un porcentaje muy determinado de ingreso por áreas. Hoy en día, como todos sabemos, eso se trastocó en orden a un régimen de muy poca vitamina, que es justificar *ex post*. Se tiene justificar que el achique no es tan achique sino una consideración oportuna acerca

de lo que es importante y estratégico para el país. Se trata de una construcción de emergencia, de una epistemología extrañísima: se dice que todo es una investigación libre, como si no supiéramos cuáles son los marcos de la ciencia. Y al mismo tiempo parece una reacción histérica, como si los institutos universitarios con los que tiene relación el CONICET fueran completamente extraños y preguntaran: ¿Con qué fin nos habían traído hasta este punto?

Las tensiones que puede haber entre el sistema universitario y el CONICET y el resto de los sistemas que hacen ciencia y tecnología no han significado una perturbación para las unidades actuales de CONICET. Son, estrictamente, pactos con las universidades. De modo que decir que ha habido un ausentismo por parte del CONICET respecto de estos temas no se compadece con la realidad, porque hay un acuerdo fuerte y gravitante entre el CONICET y el sistema universitario. Es cierto que este último ha descansado bastante en el CONICET, justamente con respecto a las designaciones de investigación. Probablemente sería muy importante que las universidades, fuera de su relación con el CONICET, pudieran producir por se. Pero en el transcurso de estos años hubo, más allá de las dificultades, una activa componenda con unidades que están en las universidades. Y que se diga que había una especie de desiderátum libre es una suerte de justificación urgente frente a esta encrucijada. Así se intenta justificar lo que no se puede justificar de otra manera. Me parece muy sorprendente que se diga que no tenemos nada que ver, porque las líneas de investigación que generalmente proponen los candidatos doctorales y posdoctorales provienen de los acuerdos que tiene el CONICET con las universidades, no emergen de otro planeta. Esto es un desconocimiento elemental, empírico de cómo se da en la realidad el plan doctoral, que responde a un acuerdo fundamental con una línea de investigación abonada por el propio CONICET. En suma, me suenan a cosas absolutamente improvisadas, de urgencia, casi de socorro frente a una situación que no se puede nombrar de otra manera.

FERNANDO PEIRANO: En primer lugar, quiero decir que el contexto es fundamental y hago propias las palabras de Dora sobre la

caracterización del momento. Hay, también, un contraste de esa discusión en dos contextos distintos: uno de expansión—en el que debatimos cómo guiamos y acomodamos esa expansión— y otro de recorte. Algunos instrumentos pueden tener determinada significación en un contexto y en otro, una distinta. Estamos cumpliendo diez años de la creación del MINCyT, que respondió a una lectura, a un diagnóstico que se hizo desde la política y que apuntaba a dos ejes: el primero era invertir más en ciencia y tecnología, tener más laboratorios, más presupuesto, pero, fundamentalmente, avanzar en la proporción de los equipos de investigación sobre lo que es el total de sistema productivo de Argentina.

“

ARGENTINA ENCIERRA MÁS DE CINCUENTA MODELOS DE EVALUACIÓN Y ORIENTACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN; SE TRATA DE UN SISTEMA QUE NO SE HA POTENCIADO, NI VISIBILIZADO, NI RECONOCIDO.

”

Había algunas métricas y referencias asociadas a Europa, como cuál es la cantidad de investigadores cada mil integrantes de la PEA. El segundo eje pasaba por resolver algunos problemas históricos del sistema, entre ellos, el de la fragmentación y la falta de articulación. El objetivo era que el trabajo y el esfuerzo puestos en la investigación contribuyeran de manera efectiva al motor del desarrollo y la inclusión argentina. En diez años hemos visto pruebas piloto, pequeñas maquetas de cómo se podían abordar la cuestión de la expansión y la de la orientación, pero no ha sido un proyecto consolidado: en todo caso, podemos hablar de un proyecto inconcluso. Quizás como artilugio de coyuntura ahora se vuelven a esgrimir esos

objetivos, pero pasaron diez años: deberíamos hacer una evaluación. Más bien lo que pasó en estos últimos dieciséis meses es que aquellos objetivos, esas pequeñas maquetas o prototipos de acercamiento se han abandonado. Se ha vuelto a un hábito de pasar las coyunturas adversas en situación de repliegue e intentar de esa manera disfrutar todo lo posible de recursos que son escasos, en lugar de hacer un planteo.

En esta coyuntura no se pueden dejar de leer algunas cosas que venían ocurriendo. El cambio estructural más fuerte que hubo en materia de ciencia y tecnología no fue la creación del Ministerio ni la supervivencia de un funcionario de un gobierno a otro, sino el modo en que cambió el ritmo de formación de doctores. A fines de la década del noventa, en Argentina se formaban doscientos doctores por año; el último dato disponible es de 2014 y es de dos mil trescientos doctores por año, es decir que se ha multiplicado casi por once esa capacidad de nuestro sistema, lo que nos pone en un club selecto de formación de recursos humanos, porque hay un grupo muy chiquito de países y sistemas que tienen esta capacidad de formar autónomamente doctores. En eso el CONICET tiene un peso relativamente menor que el que se le suele reconocer a las universidades. El 39% de los doctores se forma con becas del CONICET, es decir que hay otros caminos que se han desarrollado y que las universidades tienen mucho peso en un resultado tan valioso y tan difícil de lograr como es tener un nuevo investigador en el sistema. De ahí se desprende una cuestión: Argentina es un sistema diverso, que encierra más de cincuenta modelos de evaluación y orientación de la investigación porque cada universidad en sí misma tiene un esquema para orientar estos recursos; se trata de un sistema que no se ha potenciado, ni visibilizado, ni reconocido. Ha sido una batalla fuerte dentro del mismo gabinete en el período anterior y esto se expresa en intentos de unificación, como, por ejemplo, los requisitos para ingresar un PICT, que eran la vara de lo que se consideraba o no un investigador. Esta debería ser nuestra fortaleza, nuestro reconocimiento y trabajo sobre eso permitiría resolver uno de los objetivos buscados que es la pertinencia, el impacto sobre el territorio, la ampliación de acciones. A veces somos demasiado exigentes sobre los más jóvenes y los que están empezando a recorrer este camino. Pedirle

a una persona que se postula a una beca o un reciente graduado en doctorado que sea quien, en términos individuales, combine estas exigencias que no se han sabido resolver en años de políticas fallidas, inconclusas e incompletas es demasiado. ¿Por qué pedirle que ese proyecto enlace impacto social y excelencia si tenemos que trabajarlo desde lo institucional? ¿Cómo no podemos ver esa riqueza de los 53 regímenes de investigación de las universidades y de otras instituciones? El MINCyT no puede apostar a vincular el sistema solamente a través del presupuesto de promoción de la investigación y la innovación. Si no, caemos en que el epicentro del sistema es la Agencia y la articulación descansa en el “lazo de plata” (como metáfora de la orientación sujeta a instrumentos financieros). Intentar darle una orgánica al sistema desde las convocatorias es una perspectiva pobre y con un techo bajo. Techo bajo porque es un instrumento estructurante enclavado en la relación con los organismos internacionales, relación que hay que aprovechar porque somos socios de esos bancos, pero somos socios en una cuota parte que también nos pone techo. Es claro que cuando pasamos de doscientos doctores a dos mil trescientos, esa fuente de financiamiento nos va a quedar chica y en ese sentido, no se ha potenciado a las universidades, que siguen teniendo menos de un 20% de sus planteles con dedicación exclusiva, que es el ámbito donde se puede hacer investigación. Ha crecido el presupuesto universitario porque había que atender otras necesidades, rejerarquizarlo, pero todavía había un pendiente muy fuerte. Y en ese contexto, se hicieron experiencias. Se trabajó en instrumentos nuevos como el D-TEC (Doctores en Universidades para Transferencia Tecnológica) que salieron de una mesa de trabajo integrada por el Secretario de Políticas Universitarias, la Dirección Ejecutiva del CIN, el Ministerio, la Agencia y el CONICET. Ahí se avanzó en la idea no sobrecargar a las personas y exigirle más a la institucionalidad. Así el programa D-TEC consiste en un proyecto que plantea la universidad y luego se integra el joven doctor junto con otros asistentes de investigación. Cada universidad es beneficiaria y responsable. Es un esquema al cual quizás le hayan faltado recursos, pero tiene su fortaleza en plantear un ámbito para discutir pertinencia e impacto con la universidad. En un país tan vasto, que tenemos la suerte de tener

cubierto en su totalidad por las universidades, la universidad es la que puede trabajar mejor en atender esa necesidad. El CONICET cumple un rol clave de columna vertebral del sistema, pero tiene que coparticipar esta función, tiene que aprender a delegar iniciativas.

La siguiente cuestión es el pasaje del paradigma de la transferencia a la vinculación. La transferencia, siempre lo ejemplifico de esta forma, es ese trabajo de vieja cultura científica de que produzco un vaso, lo lleno de agua, y después busco un sediento y si no tiene sed le digo que está poco hidratado, porque yo ya tengo el vaso, y no leo ni co-construyo soluciones con el territorio. Mientras el CONICET tiene

“

LA UNIVERSIDAD PUEDE
SER EL ÁMBITO DONDE SE
DESARROLLE EL PARADIGMA
DE LA VINCULACIÓN,
DONDE SE PUEDEN
CREAR SOLUCIONES
CON EXCELENCIA, CON
INVESTIGACIÓN PERTINENTE.

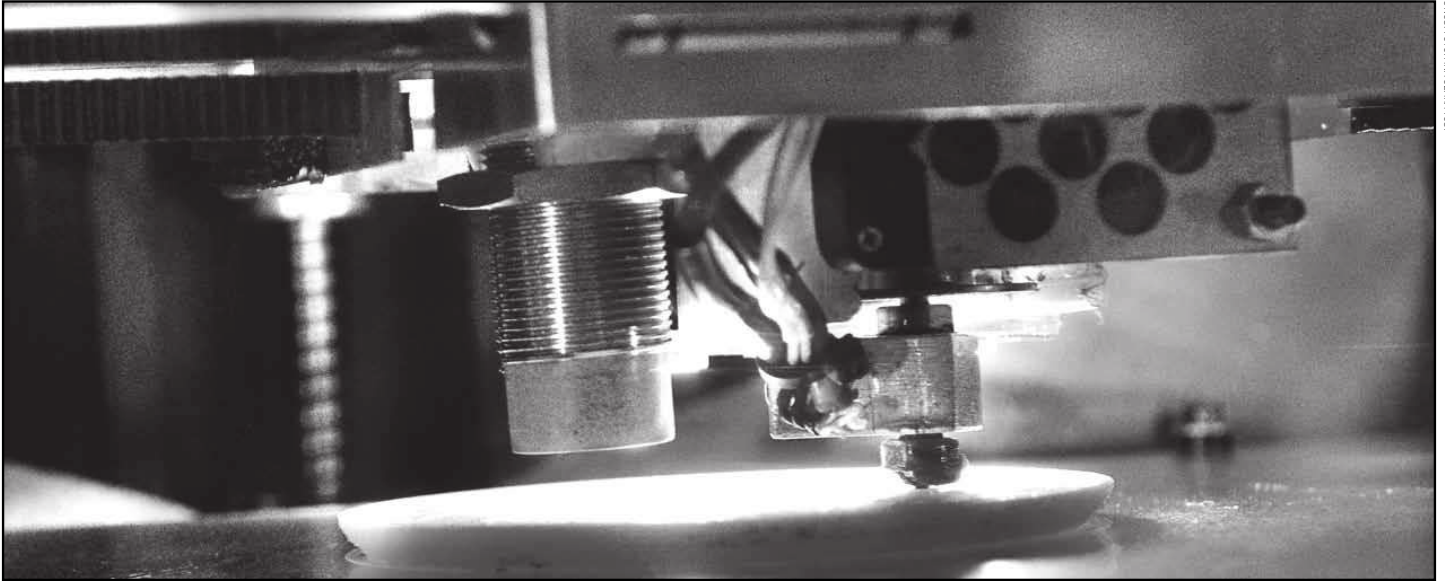
”

una misión de excelencia, de competir en las grandes ligas y lo hace muy bien, la universidad puede ser el ámbito donde se desarrolle el paradigma de la vinculación, donde se pueden crear soluciones con excelencia, con investigación pertinente. Creo que en los más jóvenes esto ha prendido y entre ellos podemos encontrar los ejemplos más ricos.

Por último, hago algunas consideraciones sobre la Universidad. Creo que en algunas provincias se hicieron maquetas, prototipos y experiencias pilotos interesantes en construir mesas en ciencia y tecnología; porque la universidad no deja de ser una institución nacional, en ocasiones pretende seguir su camino a espaldas de las gestiones provinciales, y esto también pasa

con el INTA, con el INTI, etcétera. Al ser del ámbito nacional y tener su presupuesto, a veces es complicado salir al territorio y trabajar con sus actores. Las mesas de ciencia y tecnología provinciales donde estén sentados todos los actores son formas de trabajar esta construcción de institucionalidad. En definitiva, esto habla del desarrollo de la Argentina, de construir esa soberanía en cada rincón, de una institucionalidad que nos lleva a un Estado distinto del que tenemos, que es la contracara de la moneda del desarrollo y la inclusión. En definitiva, es un Estado que va ir llegando cuando recuperemos el músculo de la planificación: no hay otra forma, no hay otro ejercicio que no sea la planificación que explicita estos elementos, les da certidumbre y permite el trabajo de una diversidad de actores y sistemas. Hoy estamos viviendo lo contrario, con el empobrecimiento de la agenda de ciencia y tecnología, con un empobrecimiento de la relación con las universidades y no sólo por la falta de presupuesto sino, básicamente, por los temas que debemos volver a discutir, a replantear. Como esta coyuntura de recorte hace una selección adversa mata estas iniciativas, que eran las más ricas y novedosas, y volvemos al sentimiento de repliegue, de situación defensiva. Ojalá que la próxima década del MINCyT nos vuelva a encontrar analizando nuevos desafíos y haciéndonos cargo de que si pasaron otros diez años y no se consolidaron algunas soluciones también va haber un reclamo de la sociedad y de la política sobre esto.

MARITA BENAVENTE: Entiendo que CONICET y la Universidad no siempre tienen una relación sencilla. En la década anterior se avanzó sobre una suerte de mestizaje entre el sistema universitario y CONICET que, intentando aprovechar las potencialidades, soslayó algunas cuestiones. Del “mestizaje” da cuenta que los doctores que se forman con financiamiento de CONICET, lo hacen en gran porcentaje en las universidades nacionales. Del 100% de doctores formados en las universidades y financiados por CONICET, ingresa aproximadamente el 50% a la carrera de investigador en éste último. De ese 50% que ingresa a CONICET, el 70% de investigadores son también docentes universitarios. El otro 50% de doctores formados que no ingresa



UNIS. FOTO ANA CLARA TOSSI

en CONICET, se ubica en diferentes lugares del mercado laboral argentino y en el exterior. Aproximadamente el 40% del total de doctores formados que no ingresan a CONICET, se incorporan a trabajar en las universidades públicas con cargo docente. Por otra parte, es pertinente señalar que se alcanzó la cifra de 14 CCTs (centros científico-tecnológicos) y dos centros de investigación multidisciplinarios, en alianza con universidades del sistema nacional, que permiten el manejo descentralizado y directo de aproximadamente 200 centros e institutos de investigación.

A mi modo de ver, en este mestizaje de instituciones y por lo tanto, de paradigmas, de modos de hacer, de producir conocimientos y de evaluar, pierde la universidad y hegemoniza CONICET. Lo anterior es porque el sistema de evaluación de la producción científica, altamente consolidado a nivel internacional y ahora en estrecha relación con las Universidades, genera presión sobre las mismas e impacta en su modo de producción cotidiano. Tal sistema de evaluación encierra, además, cierta contradicción con la pretensión de ciencia soberana (por un lado, celebramos la política de repatriación de nuestros científicos y por otro lado exportamos conocimiento, porque tenemos nuestras academias colonizadas con métodos de evaluación que facilitan que las potencias se apropien de ese conocimiento). Hoy CONICET está en este

paradigma bibliométrico o cuantitativista. La calidad de la producción puede ser fantástica, pero también puede desentenderse de la pertinencia social, o diría más, de la posibilidad de impactar de manera decisiva en el sistema socio-productivo-cultural de nuestra nación. El sistema universitario tiene otras exigencias, otros paradigmas, otra cultura institucional, otras visiones, otras demandas. No planteo aquí la dicotomía calidad versus pertinencia social, sostengo más bien que ambas producciones (las del subsistema científico-tecnológico universitario y las del CONICET) deben ser de calidad y deben procurar estándares y metodologías de evaluación, que aseguren sus objetivos institucionales específicos en el marco de una Política de Estado.

Esta situación produce tensiones en el sistema universitario. La Universidad Nacional de San Juan transita un proceso muy interesante y vigoroso de discusión de todas estas cuestiones. En el marco del debate sobre la carrera académica, incluimos en uno de sus anexos: “Esta carrera académica va a reglamentar un sistema de evaluación para la meritación de la producción de conocimientos de acuerdo al perfil del docente/investigador/extensionista”. Es un debate que todavía no podemos profundizar porque hay una hegemonización por parte del CONICET de los modos de evaluación de la producción científica

dentro de nuestra universidad que la acercan a ese paradigma cuantitativista o bibliométrico y la alejan de la posibilidad de vinculación e impacto socio-productivo-cultural efectivo. Hay que crear un sistema de evaluación propio y esto tiene sus dificultades para lograr acuerdos hacia adentro de la comunidad universitaria. Hubo distintas pruebas en la década pasada y el sistema de evaluación imperante nos hace permanecer en un carril en el que la acumulación de producción de conocimiento (capital) en una misma línea de investigación siempre tiene ventajas. También se generan subjetividades que producen en nuestras universidades frases como: “Qué desperdicio que no seas de CONICET”. Hay universitarios que se forman en la universidad pública, ejercen como docentes e investigadores, participan de la política institucional, y se involucran con las necesidades tecnológicas de la provincia y, sin embargo, esto puede ser considerado un desperdicio por una parte de la comunidad universitaria. También tenemos que revisar la fragmentación de la comunidad universitaria en institutos de primera que participan del CCT (con “investigadores de primera”) e institutos de segunda que no participan de estas experiencias duales entre CONICET y Universidad Nacional (con “investigadores de segunda”). Es otro rasgo de este mestizaje mal conducido, que tal vez tuvo buenas intenciones estratégicas,

pero tiene déficits que hay que pensar como parte de una agenda de futuro que incluya mayor consideración individual de los perfiles de cada investigador y grados de pertenencia a cada institución. En nuestra universidad, muchos jefes o directores de departamentos, que son los encargados de las políticas de administración de los recursos docentes, resisten la incorporación de conicetistas con cargos de diez horas semanales a las cátedras. Se percibe desigualdad entre quienes se doctoran e ingresan a carrera en CONICET con un cargo docente de pocas horas de dedicación en la universidad y los que se dedican principalmente a la docencia, que pueden llegar a tener muchos estudiantes a cargo, además de tareas de investigación, vinculación o compromiso institucional y pocas posibilidades de generar gran cantidad de publicaciones. Estos últimos no son competitivos en términos de concursos, tal y como está hoy la evaluación docente-investigador hacia adentro de la Universidad. En esa construcción de subjetividades desapareja, habrá que repensar cómo sigue la película, porque el docente-investigador universitario se ve atrapado entre las demandas de un sistema que necesita que publique y se aliene haciendo la propia producción de conocimiento y que al mismo tiempo se vincule con el medio y brinde calidad en la formación de los estudiantes, que podrían llegar a ser los futuros doctores financiados por CONICET; es decir, que implica una desmejora en la calidad académica de ambos sistemas. ¿Qué se resigna cuando falta tiempo para responder a todas las demandas? Se resigna aquello que produce menos presión y menos tensión: la calidad educativa, la formación continua del docente, el compromiso institucional o gremial, la vinculación con el medio. Esto es lo que considero que está pasando en nuestra universidad, no significa que sea la generalidad del sistema, pero significa que hay que avanzar en sistemas de evaluación que tomen en cuenta los objetivos institucionales diferentes de CONICET y las Universidades Nacionales.

Cuento una breve experiencia para pensar algunos temas en relación con lo que vengo desarrollando. En el año 2012 se creó en la Provincia de San Juan, la Secretaría de Estado de Ciencia, Tecnología e Innovación (SECITI). Ese año fui designada como Directora de Gestión de Proyectos de la SECITI. El titular de

la Secretaría de Estado era el Ingeniero Tulio Del Bono, quien fuera secretario de Ciencia y Tecnología de la Nación (2003-2007). Tulio Del Bono replicó en la provincia el modelo de “la convocatoria” para acceder al financiamiento de actividades científico-tecnológicas, que antes había aplicado a nivel nacional. Nosotros teníamos presupuesto provincial, sin restricciones para crear nuestros propios modelos, sin tener los condicionamientos del BID y del Banco Mundial, que son colocadores de deuda e imponen condiciones a los Estados que financian. Aprendí, de esa experiencia, que las convocatorias no sirven como única metodología para orientar los recursos del Estado para apalancar

“

COMO ESTA COYUNTURA
DE RECORTE HACE UNA
SELECCIÓN ADVERSA, MATA
LAS INICIATIVAS MÁS RICAS
Y NOVEDOSAS, Y VOLVEMOS
AL SENTIMIENTO DE
REPLIEGUE, DE SITUACIÓN
DEFENSIVA.

”

tareas de investigación científica. Los equipos de investigación consolidados, que están entrenados en la formulación de proyectos y acumulan capital de conocimiento sobre alguna línea de investigación específica, concentran el *hit rate* de la convocatoria. Siempre ganan, al mismo tiempo que se rigidizan y alejan de necesidades emergentes. Entran en colisión con un sistema de evaluación que premia la acumulación-concentración, no la dispersión. La pirámide se va haciendo cada vez más empinada y los ganadores de financiamiento se concentran. Poco importa la sociedad, más bien se le dice a la sociedad en qué debería estar interesada.

Cuando asumí la dirección me propuse recorrer los territorios provinciales y pregun-

tar para qué podía servir un científico o tecnólogo en la comunidad. Por ejemplo, en Jáchal, que tiene agua con alto contenido de arsénico, teníamos que acercar ingenieros especialistas, empleados de la cooperativa encargada de la potabilización de agua, funcionarios de la Municipalidad, en fin, una mesa conformada por integrantes diversos enfocados en la solución de un problema que demanda investigación aplicada y desarrollo tecnológico. Nada de esto podía enmarcarse en la postulación a convocatorias para obtener financiamiento, era menester asistir financieramente en forma directa estas iniciativas. Empecé a hablar de los “consultorios científico-tecnológicos”, que articularíamos con los CIC (Centros Integradores Comunitarios), para acercarnos y comprender la problemática concreta de las comunidades y apostar a soluciones científico-tecnológicas de alto impacto. Se imponía la “microfísica de la vinculación”, es decir, un espacio donde la comunidad entrara en diálogo con investigadores dispuestos a intercambiar saberes y ocupar su tiempo de manera sostenida en la solución de problemas concretos. Entendimos entonces que era necesario reconocer institucionalmente a estos investigadores, aceptar perfiles diferenciados dentro del sistema científico-tecnológico y proponer modos diversos de evaluación de la producción. El modo de evaluar al docente-investigador universitario que atiende el problema social y productivo emergente no puede ser igual al modo de evaluar a un investigador en la esfera de CONICET. ¿Es acaso menos relevante su tarea? ¿No requiere de altos estándares de calidad la investigación científico-tecnológica que se propone asistir la demanda concreta de una comunidad? Por ejemplo, en San Juan se “erradicaron” (tal fue la palabra que se usó en la Provincia para anunciar un gran plan de otorgamiento de nuevas viviendas) 84 villas durante las presidencias de Néstor Kirchner y Cristina Fernández. No hubo entonces investigadores sociales que se encargaran de entender el impacto de esa medida, porque a la gente se le dio una vivienda digna, pero las tramas o redes sociales se rompieron durante el proceso de “erradicación” y esto generó cambios que era necesario estudiar. Desde la SECITI provincial creamos una “convocatoria” específica para las ciencias sociales y humanas con el objetivo de atender este tema, entre otras problemáticas sociales relevantes.

Pese a haber logrado una buena respuesta a la convocatoria, no se logró apartar a los investigadores de su área de conocimiento o su área de confort epistemológico, para dirigir el rumbo de sus investigaciones de lleno a las demandas concretas. Las relaciones con los temas de interés planteados por la convocatoria, en su gran mayoría, eran tangenciales o forzadas. Lo anterior se explica en la lógica de evaluación de una convocatoria (que necesariamente premia antecedentes del equipo de investigación), pero también se explica en la lógica de evaluación del sistema científico-tecnológico que refuerza el mismo sentido. Los investigadores pierden si se distancian de sus líneas de investigación. Considero que las universidades necesitan empoderarse para poder decidir por dónde va a pasar la evaluación de las actividades universitarias.

DORA BARRANCOS: Hay un poco de paradoja en esto. Yo apuesto a una renovación con respecto a la producción del conocimiento social y humano y San Juan no ha sido la provincia que más absorbió CONICET. Es cierto que el modelo del factor de impacto es en todo caso una perversión de una cierta voluntad de obediencia, de parámetros que se instalaron con mucha más fuerza en nuestro país que en EEUU, pero tienen una regencia fuerte en determinadas ciencias. La verdad es que los acuerdos de Bologna son mucho más graves que todos estos otros acuerdos. Además, sinceramente, estoy convencida de que las ciencias sociales no tuvieron un conocimiento situado en San Juan porque allá hay poco CONICET. La verdad es que lo lamento, porque donde ha habido una mayor cantidad de gente de CONICET, el conocimiento situado fue muy interesante. Si uno analiza Mar del Plata, este lugar tiene una situación de conocimiento social extraordinaria en áreas como Sociología y Antropología. Es cierto que el CONICET puede ser muy fáustico y muy poco comedido, pero la verdad es que a ustedes les tocó mal en la distribución. Si hubieras tenido más CONICET en ciencias sociales, no se les hubiera escapado lo de las villas, porque en este país las ciencias sociales no se ausentaron, por lo menos en los últimos veinte años. Hay una gran cantidad de trabajo que se ha hecho sobre la exclusión y la pobreza en los noventa. También se han trabajado temas

que tienen que ver con derechos personalísimos y hubo hitos extraordinarios, por ejemplo, el documento más citado para la ley de matrimonio igualitario es el que aportó la academia. Es cierto que los vicios conicéticos son muchos y es verdad que hay una exageración en el sistema en estas formas de evaluación. Pero el orden democrático de la pluralidad fue muy grande en estos años. Convergimos hacia ciertos modelos que lamentablemente son el sistema de becas indexadas. No somos culpables, hemos sido lo más prudentes posibles en los años en que he estado. El CONICET es un régimen terrible de competitividad porque hay dos mil doctores formados por el sistema, pero ha permitido

“

EL SISTEMA DE EVALUACIÓN
DE LA PRODUCCIÓN
CIENTÍFICA, CONSOLIDADO
A NIVEL INTERNACIONAL,
PRESIONA SOBRE LAS
UNIVERSIDADES E
IMPACTA EN SU MODO DE
PRODUCCIÓN COTIDIANO.

”

muchos matices. Por ejemplo, no se puede dejar de hacer historia de la Edad Media, porque es una rebaja a la condición de la cultura científica. Y no se puede envilecer el sistema de evaluación de la universidad, lo que se tiene que hacer es fomentar la posibilidad formativa de todos esos docentes. Lo que creo absolutamente discrepante con mi pensamiento más ínsito es aquella barbaridad a la que se sometieron las universidades en los noventa con el régimen de incentivos, que obligó a tornarse investigadores a docentes que no tenían la libido para eso, porque para investigar hay que tener libido, pasión, una serie de condiciones que no se dan así nomás. ¿Y por qué un buen docente, que tiene la obligación de actualizarse con lo que se pro-

duce, va a ser un productor original? Obligarlo a esto me parece insensato. Las universidades están llamadas ahora a estructurar los sentidos fuertes de investigación en un sentido mejor, pero no van a poder olvidarse de los regímenes de evaluación.

Con respecto a lo de microfísica de tecnología situada, hay un estado de profesionalidad que se está olvidando. No necesitás ser un gran investigador tecnólogo para ver el problema concreto de una comunidad. Acá hay un problema de escala, hay algunas cuestiones que a menudo están mal calibradas. Una cosa es el tecnólogo innovador, que efectivamente es un tecnólogo que va hacer patentes o es un buen adaptador innovativo y otra cosa es el profesional que sabe cómo se hace para reencauzar un río. Para eso no necesitás carrera de tecnólogo, sino buenos hidráulicos o buenos geógrafos.

FERNANDO PEIRANO: Hay dos temas que quería tomar. Uno es el plan Argentina 2020, que es un hecho público y es necesario que se lo evalúe, se lo juzgue. Me parece que en la misión de creación del Ministerio, había que darle un rol frente a dos instituciones que eran previas y que eran muy fuertes: la Agencia y el CONICET. La Agencia tiene casi veinte años y el CONICET tiene más de seis décadas y al momento de creación del MINCYT el sistema ya tenía una fuerte inyección de recursos, no de personas, entonces había que darle un buen uso. El Plan 2020 tal vez haya sido el plan más heterodoxo de todos. De los tres o cuatro planes que hubo, fue el menos preciso en términos de sus prioridades y entonces quizás se vea como el menos parecido a un plan. Pero expresó una comprensión del vínculo entre ciencia y desarrollo que permitió que haya sido el desencadenado las implicancias prácticas más importantes, en comparación. Primero, fue un plan participativo, se movilizaron mil quinientos técnicos y profesionales en las temáticas involucradas, en un país que fue atacado a través de la fragmentación. Tenemos un Estado rico en conocimiento técnico pero que se encuentra muy fragmentado y peor distribuido. El Plan fue la oportunidad para volver a reunir gente que a veces está relegada en las estructuras públicas y que no puede hacer valer ese conocimiento. Lo que hizo el Plan fue zurcir al Estado y con ello valorizar el saber técnico del ámbito público. Participaron



UNIS - FOTO ANA CLARA TOSSI

sindicatos, empresarios, representantes de gobiernos provinciales y municipales. La primera contribución es la riqueza que tiene todo ese material, que no necesariamente se está aprovechando. La segunda, la orientación a los recursos agregados. El FONARSEC (Fondo Argentino Sectorial) fue orientado según lo que dijeron esas mesas de trabajo del Plan y la movilización que generó dio lugar a introducir un elemento nuevo como el FITR (Fondo de Innovación Tecnológica Regional), original por incluir una audaz “acción afirmativa”. Su convocatoria estableció que el equipo solicitante no podía estar encabezado por una institución con sede en alguna de las seis ciudades que normalmente centraban las cuestiones, para darle diversidad y posibilidades competitivas a otros grupos del resto del país.

“

**EL CONJUNTISMO
FORMA PARTE DEL
DISCIPLINAMIENTO ANTES
QUE DE LA CREATIVIDAD. SOY
ADVERSA A LOS PROYECTOS
QUE PARECE QUE UNIFICAN
PERO NO SE SABE QUÉ ES LO
QUE UNIFICAN.**

”

Si bien es una experiencia que hoy queda desdibujada, indica por dónde tenemos que seguir. También orientó al FONARSEC, tuvo su línea especial en el FONTAR, alentó nuevas agendas para los PICT del FONCYT. Hoy tenemos PICT en temas tan necesarios como la investigación en derechos humanos o el desarrollo de la electrónica, por señalar un contraste, temas que no hubiesen sido una línea de trabajo explícita dentro de un programa de promoción cofinanciado por los organismos internacionales. En el CONICET, el 20% de las becas y de los ingresos a carreras se reservaron para cubrir los temas estratégicos, como reflejo de los resultados del Plan. Este ejercicio de planificación intentó poner un mojon en ese sentido y recuperar un atributo de las políticas públicas que permite ir más allá de la buena gestión:

hacer explícito hacia dónde vamos, algo que fue agradecido por muchos nuevos investigadores que decían: “Yo quiero ser útil al país” y encontraron en el Plan un marco para construir la respuesta. Cuando fuimos con el Plan a conversar con otros planes estratégicos que impulsó el Estado durante el período 2011-2015, nos dimos cuenta de cuán débil era el ejercicio porque cada plan se había hecho con metodologías distintas. Entonces, más allá de la voluntad que todos los que participamos de esa mesa de trabajo, no pudimos articular a largo plazo una agenda estratégica que combinará ciencia y tecnología con las prioridades en agricultura o en industria, con las transformaciones del mundo del trabajo, con la revolución que necesita nuestra matriz energética. Sin embargo, este resultado fue indicativo de la importancia de insistir en este ejercicio. Sirvió para saber hacia dónde tiene que ir el Ministerio de Ciencia y Tecnología si quiere tener un fuerte impacto en términos de desarrollo económico y social. Es un cambio de metodología: de alimentar al sistema a ir en búsqueda de problemas. Claro, esto implica reconocer una limitación del modelo de trabajo basado en convocatorias. Estoy muy de acuerdo y lo pongo en un contexto de grises, por el reconocimiento de perfiles y formas de convocatoria distintas. Tiene que estar la convocatoria competitiva, tenemos que ser buenos con las revistas con índice de impacto y también tenemos que ser pertinentes con el territorio. Son distintos perfiles, y tenemos que tener proyectos estratégicos estructurantes. Por ejemplo, un proyecto estructurante emblemático se podría construir en torno al problema del saneamiento del Riachuelo. Podría ser una experiencia espléndida en la que el Ministerio saliera de la zona de confort, si quisiera participar de una transformación. El MINCYT tendría que hacer con el Riachuelo lo que no hicieron los organismos internacionales en los noventa: solucionar el problema a partir de un abordaje multidisciplinario. Lo podría hacer con biólogos y químicos, pero también con investigadores de las ciencias sociales que entiendan la problemática de quien está viviendo al lado de la basura, con profesionales de la economía para ver la reconversión productiva de esas industrias y con especialistas de las ciencias políticas para proponer una gobernanza superadora a la

que está planteada actualmente. Si no podemos hacer esos proyectos, que no se dan por convocatoria, entonces para qué queremos tener la riqueza de una plataforma científica diversificada como pocos países tienen, con capacidad de autorreproducirse y autoevaluarse.

Esto también vale para las universidades. Cada universidad en su territorio tiene que construir la propia identidad. Creo que la vocación fue unificadora y nos equivocamos porque nuestra riqueza es la diversidad. Somos muy chiquitos como para mover la aguja del mundo de la investigación, pero somos lo suficientemente grandes como para construir un modelo distinto, que aproveche esta diversificación.

“

HAY INVESTIGACIÓN EN LAS UNIVERSIDADES Y APARECE UNA CONTRADICCIÓN EN RELACIÓN CON CONICET U ORGANISMOS QUE DEPENDEN DEL MINCYT, QUE ES CÓMO SE ORIENTA LA INVESTIGACIÓN.

”

OSCAR GALANTE: Estaba pensando cómo fue esto en los setenta, en los ochenta, en los noventa y cómo fue en la docena ganada. ¿Qué nos faltó y en qué nos equivocamos? Hace pocos años cumplimos lo que definimos como el 30-20-10. Treinta años de la creación de la primera oficina de transferencia de tecnología del CONICET en 1984. Veinte años del primer programa, en el 94, de vinculación de las universidades nacionales. Y diez años de la Red de Vinculación Tecnológica. En los últimos doce años, el PISAC fue una de las claves en el posicionamiento de las ciencias sociales para analizar la problemática nacional. Eso fue voluntad política, decisión y recursos; llevó su tiempo, pero había que articular las islas de heterogeneidades sociales de Argentina.

En los tiempos en que Tulio del Bono era Secretario de Ciencia y Tecnología, en la Dirección Nacional de Proyectos y Programas hablábamos de los foros de la demanda regional, que eran esas mesas que planteó Fernando, porque decíamos que la demanda se reconoce una vez formulada, pero muchas veces existe la carencia y la necesidad y tenemos que colaborar en armar y formular la demanda. Eso fue abandonado por el MINCYT, que desmembró la Dirección Nacional de Programas Especiales. A partir de ahí, creo que a la microfísica hay que sumarle lo articulación, multiactorialidad, transdisciplinariedad, asociativismo. Tenemos que poner el acento en revisar qué significa el Estado, cómo nos fue en décadas anteriores y qué creemos que tiene que ser el Estado ahora.

GABRIELA DIKER: ¿Cómo visualizan en los espacios de articulación estas convocatorias a los proyectos institucionales?

DORA BARRANCOS: Soy muy adversa al “proyecto insignia” que junta todo. Es una falacia y forma parte de la región de oxímoron que transitamos. Estamos frente a una pérdida de la autarquía del CONICET completa, porque por un lado está el MINCYT y por el otro lado, el Ministerio de Modernización y en el medio quedó esto. Tenemos un Estado hiperneo que concentra decisiones en materia de vacantes y demás en Modernización. Hay un No Estado y hay un supra Estado que dice cuántas vacantes hay, algo completamente esquizofrénico.

Yo no participo de las desventuras de los regímenes de evaluación a los que algunas ciencias se han sometido: estoy en desacuerdo, porque una unidad es una multiplicidad, obligar a la multiplicidad al conjuntismo identitario es una verdadera negación. Me parece que en algunos casos puede haber un poquito más de monocordia. No olvidemos que hay algunas cuestiones que son construcciones originadas por la emergencia y frente a eso hay que decir algo. No me parece que ahí se exprese la condición de posibilidad de una unidad de sentido en las redes ejecutoras. Yo soy muy indisciplinada respecto a esto, porque, además, el conocimiento es una aventura que parece cierta y tiene una desventura si resulta en otras cosas. Y esas otras cosas son formidables. En eso soy

un poco impenitente y libertaria y me parece que es allí donde está la cuestión. Esa innovación que produce alguien que se va del régimen es extraordinaria. Si vos hacés conjuntismo, eso forma parte del disciplinamiento antes que de la creatividad. Soy completamente adversa a la idea de proyectos que parece que unifican pero no se sabe qué es lo que unifican. No me preocupa la no unidad. ¿Unidad para qué?

FERNANDO PEIRANO: Igual creo que hay un riesgo en esto que es transformar la diversidad en investigadores de primera, segunda y tercera e institucionalizarlo.

DORA BARRANCOS: Con un agravante: que a la larga se va a volver a la vieja tribu. Y si hay alguna cosa que cambió del CONICET es el orden tribal. No hay más tribu. Yo vi la tribu, era clánico, con pocos laboratorios. Eso fue lo que estalló. Y ahora vuelve porque al final todo esto va a redundar en el repliegue, ¿y cómo se ordena eso?

FERNANDO PEIRANO: Las universidades que tienen pocos recursos se ven presionadas para ponerlos por sobre cualquier otro proyecto o sistema y con cosas que no son reversibles. Porque hay cosas que cuesta mucho construir y se pueden perder por tener la necesidad de los recursos o por ser funcionales a cierta conducción.

MARITA BENAVENTE: Se dijo inconsistentemente, de distintas maneras, que el sistema universitario debería empezar a aprovechar su riqueza y heterogeneidad. El sistema universitario pone unos quince mil millones de pesos de su presupuesto directamente en la investigación, aun cuando no forme parte de la partida de Ciencia y Técnica, en dedicaciones exclusivas, en subsidios, en equipamientos. Hay investigación en las universidades y aparece una contradicción en relación con CONICET u organismos que dependen del MINCyT, que es cómo se orienta la investigación. La autonomía de las universidades nos permite, efectivamente, alimentar esa heterogeneidad que nos permitiría dar mejores respuestas a las necesidades regionales, mientras que a las prioridades de CONICET las fija el

Poder Ejecutivo Nacional. Colisionan dos lógicas de decisión, en apariencia contradictorias. La preocupación por dar respuestas a las necesidades sociales y productivas de nuestro territorio Provincial, es una marca fundacional de la Universidad Nacional de San Juan y, si bien hacemos muchas cosas, no hemos logrado aún definir herramientas de valoración de la producción de conocimiento situado.

El desafío es pensar lo que viene, definir nuestra agenda. Estamos ante una otredad, que es el planteo político-social y económico de este gobierno. Nosotros tenemos relaciones de poder difíciles y condicionamientos que hay que revisar. Hay que considerar que tuvimos un CEO en

“

DEBEMOS RESOLVER DE
MANERA SATISFACTORIA
LA RELACIÓN ENTRE
LAS INSTITUCIONES
COMPRENDIDAS EN EL
SISTEMA CIENTÍFICO-
TECNOLÓGICO ARGENTINO,
SIN RESIGNAR SUS SINERGIAS.

”

nuestro gobierno y fue Lino Barañao, y eso conlleva una invariante que es perturbadora, porque materializa una concepción del mundo científico en la sociedad, un modo de hacer ciencia, que habilita que no haya un rasgo diferenciador entre quien es la cabeza de ese sistema en un gobierno nacional y popular y quien lo es en un gobierno neoliberal. Un mundo de creciente complejidad, exige políticas públicas complejas. Debemos resolver de manera satisfactoria la relación entre las instituciones comprendidas en el sistema científico-tecnológico argentino, sin resignar sus sinergias. Hay que pensar el Sistema en toda su diversidad y complejidad, sobre las bases construidas, respetando los valores y visiones fundacionales de cada institución que se inscribe en el

mismo. Debemos atender las demandas de conocimiento particulares de cada región de nuestro país, revisando metodologías de financiamiento de la actividad científica. Necesitamos proponer nuevos modelos de evaluación de la producción científica y de la enseñanza, diferenciados por institución y por perfiles. Se impone también actualizar el contenido de las leyes que rigen la actividad y, por qué no, animarnos a crear nuevas instituciones con objetivos específicos para atender nuevas demandas al sistema científico-tecnológico. Todo lo anterior siempre dentro de la visión de una ciencia soberana orientada a mejorar y sostener el desarrollo social, productivo y cultural, con bienestar para cada uno de los habitantes de nuestro país.

MARIANA VERSINO: Yo quería hacer una pregunta muy breve aprovechando la experiencia de Fernando en los programas D-TEC. De esa experiencia, ¿qué legado queda en cuanto a los compromisos institucionales que toma la universidad, en relación con su política de posgrado y su política de carrera docente? Aun en el contexto actual y con el retraimiento del financiamiento, ¿qué vinculación puede haber en ese sentido desde la universidad?

FERNANDO PEIRANO: El período de la última docena o década también es un modelo en el que hubo un centro y una periferia en las políticas. Hubo una periferia donde creo que el D-TEC se ubica en lo que era un modelo de construcción distinta por lo que ya señalé, es decir, la mesa intergubernamental inédita. Y también fue necesario meternos con las representaciones sociales de lo que es un doctor. Hicimos una encuesta a los recientes graduados como doctores para conocer cuáles eran sus expectativas profesionales, personales y académicas. Porque la aspiración también era la relocalización y les preguntamos qué querían para relocalizarse, si un proyecto desafiante, una vivienda, lograr varios años antes la conducción de un equipo o el desarrollo de una agenda propia. También propusimos la interpelación sobre la representación del investigador como trabajador. Creo que en un ámbito sindical como CONADU también tenemos que darle un lugar importante a esto: el investigador nunca es un libero, forma parte de un sistema. Al no ver las venta-

jas, a veces al investigador le cuesta asumirlo y aceptarlo. El resultado fue que las universidades respondieron muy bien. Se pudieron armar en poco tiempo casi cien proyectos con veintitrés doctores en condiciones que intentaban equiparar a la carrera del CONICET, una vara alta y eso es bueno. Vamos hacia un sistema más complejo y hay que hacer también un reconocimiento al que diseña, gestiona e implementa las políticas. La gestión pública va exigiendo nuevas destrezas, más fundamentos técnicos. Ya no alcanza con que sea un investigador consagrado. En este sentido, la contribución que hacen las maestrías y otros posgrados especializadas en ciencia y tecnología es muy importante ya que han venido formando cuadros que permiten profesionalizar la gestión. Esto no excluye a quienes llegan al tema desde una trayectoria como investigadores porque hay muchos investigadores que toman ese desafío y se forman técnicamente en políticas públicas.

Después tenemos que pensar qué rol cumplen la ciencia y la tecnología en la agenda de los argentinos y del sistema político. De otra forma, se corre el riesgo que se la siga viendo como una corporación. O un riesgo más serio: confundir una política de Estado con la permanencia de una persona. Vuelvo a la figura, hubo prototipos, hubo maquetas, hubo ensayos ricos que no han tenido impacto por la escala, pero para construirlos hubo un modo distinto de trabajo y ahí está parte de la pista de cómo repensar el sistema. La síntesis es que tenemos a diez años de su creación no sería malo plantearnos reinventar el MINCyT, reinventar el sistema de Ciencia y Tecnología con una perspectiva más federal. No son cambios menores los que hay que hacer. Algunas cosas que se plantearon que hoy son una buena guía para trabajar y así sentar las bases para otra década de crecimiento y expansión de nuestro sistema de ciencia y tecnología.

Tuvimos un período –que era necesario e imprescindible– de hacer, de ensayar, de volcar recursos y de jerarquizar la figura de investigación. Así se logró una dinámica distinta a nivel micro y a nivel macro dentro de las prácticas científicas. Desafortunadamente, no lo plasmamos en nuevas leyes dentro del ámbito de la ciencia y tecnología. Tampoco se avanzó en nuevas formas institucionales, nos faltó un mayor grado de innovación en este sentido.



UNIS - FOTO ANA CLARA TOSI